

4 DE AGOSTO DE 1914

En una cabaña de la ciudad de Whistler- Canadá, frente a las montañas bañadas en nieve, se encontraba en una mecedora de roble, Emma, una mujer con una vejez bastante pronunciada en su rostro; la forma de sus cejas enseñaba una personalidad amargada y solitaria. Al ver sus ojos se podía percibir que su mente se encontraba a millas del lugar, era probable que se encontrara pensando en todo lo que había vivido, en todos los atardeceres que había visto y en sus oídos rondaban los lamentos y gritos desesperados que emanaban de las trincheras, sus tímpanos casi reventados por los cañonazos y el sonido de las armas, le habían provocado una leve sordera, su nariz aún podía percibir el desagradable olor que provenía de los cuerpos sin vida y descompuestos de sus compañeros, a pesar de todo eso, se dedicaba a agradecerle a Dios por estar viva.

La fría brisa comenzaba a soplar, cuando se acerca un vecino y saca a Ema de sus pensamientos.

-Buenas tardes Ema, parece estar preocupada o ¿hay algo que le moleste?

-Buenas tardes Taylor, no se preocupe, solo estaba pensando cosas sin importancia.

Ema y Taylor pasaron unos minutos hablando sobre la cena del viernes de la semana entrante; cuando Ema se despide de Taylor y lo observa alejarse,

casi instantáneamente le llega a la cabeza los últimos días en que sirvió a su país.

Se encontraba atendiendo a uno de los heridos de la barricada más cercana, cuando a aproximadamente 5 metros de distancia, se percata que una de sus compañeras del servicio de enfermería había sido víctima de una bala y se estaba desangrando, pero en el momento que ella se dispuso a ayudarla, uno de sus compañeros grita:

-¡Cuidado!

Una mano sujeta su hombro y la lleva al suelo con tal fuerza que no pudo reaccionar, generando un golpe en su cabeza.

Una suave voz le dice:

-Ema, despierta.

Cuando abre los ojos se percata de que esa voz tan melodiosa y suave era la voz de su madre, que con lágrimas en los ojos se sienta en la esquina derecha de su cama, mientras que intentaba sacar palabras de esos bellos labios, que todas las noches sin falta le besaban la frente antes de dormir y cuando por fin se decidió a hablar, una voz gruesa la interrumpió diciendo:

-Hace 4 días que empezó la guerra y tu hermano se marchó a la madrugada para comenzar su entrenamiento y servir al país.

Tal momento de tristeza fue interrumpido por un grito perturbador. Ema abre los ojos y se da cuenta que todo era un recuerdo convertido en sueño. Al mirar a su alrededor nota que no está en la zona de guerra sino en la contienda con la cabeza vendada, mientras que un soldado, víctima de una bomba que termino con la vida de dos de sus compañeros, gritaba a causa de la ausencia de sus piernas.

Ema recuerda que, aun con lágrimas en los ojos se dirigió a tomar sus cosas y volver al campo de batalla, cuando su general la detiene con una mirada decepcionada y le dice:

-Paramédico Dwan.

-Señor.

Dice Ema con una voz firme, mientras que con gran dificultad intentaba levantarse para recibir a su general.

-Mañana entraremos por el frente occidental y usted con esa venda en la cabeza no va a poder soportar ni un trote a la contienda del occidente, usted tendrá que guardar reposo y mañana a las trescientas horas partiremos.

Dice el general con voz determinada y fuerte como siempre solía ser. Ema se acostó de nuevo puesto que el golpe aun le generaba dolor, mareo y una sensación de impotencia, mientras pensaba en lo poco que ayudaría a sus

compañeros estando ahí acostada, mientras tanto escuchaba los susurros de algunos de sus compañeros diciendo:

-Por eso las mujeres solo sirven para criar hijos y mantenernos contentos.

Dice un soldado, con una irritante risa.

Al día siguiente cuando Ema despierta, se percata que ya todos sus compañeros se habían ido y solo quedaba ella, los heridos, una enfermera y un soldado prestando guardia; Ema se levanta rápidamente y se dirige hacia sus cosas, las toma y lista para irse, la voz del soldado que estaba en guardia la detiene diciendo:

-Si te vas en este momento donde están los demás, es muy probable que le revele al enemigo nuestra ubicación, puesto que en este momento todos ya deben estar en sus posiciones y como raro serias un estorbo.

Ema le lanza una mirada de fastidio, mientras que se dispone a ayudarle a la enfermera sin soltar una sola palabra. Después de un tiempo el soldado le preguntó:

-¿Qué fue lo que la llevó a prestar el servicio como paramédico?

Ella con una sonrisa le responde

-Hace tres años yo trabajaba en la fábrica de armamento que quedaba a tres horas de casa. Un día la hermana de una amiga que estaba embarazada

rompió fuente y como todo el servicio de paramédicos se encontraba atendiendo a los soldados, le tocó hacer el proceso de parto en la fábrica; fue un momento desgarrador, puesto que el dolor que sentía lo transmitía por medio de sus gritos y desespero de tal vez no poder tener a su hijo, ya que nadie le ayudaba, le brinde mi ayuda, ella no paraba de gritar mientras pujaba, pero el bebé estaba atravesado, ella seguía pujando pero la pobre mujer ya no podía más y se desmayó de inmediato, tome una navaja y comencé a hacer una incisión en la parte baja del vientre, a pesar de no saber nada de medicina saque al bebé y bastante sangre, después de ver los ojos de la mujer y darme cuenta de que estaba muerta, me recorrió un sentimiento de ira y de culpabilidad ya que si hubiese tenido por lo menos los principios básicos de la medicina, hubiera podido salvar a esa mujer y habría evitado el horrible dolor que la acompañó hasta su muerte, cogí al bebé entre mis brazos y lo lleve a casa donde mamá con lágrimas en los ojos escuchaba tal historia y sin dudarlo, el niño comenzó a ser parte de la familia, en ese momento me di cuenta que podría servir mejor al país como paramédico, puesto que ya había muchas mujeres trabajando en las fábricas, mi presencia no haría falta. Muchas mujeres que también querían aportar se unieron y a pesar de que todos los hombres nos miraban con burla, después de un tiempo tuvieron que aceptarnos, puesto que se estaban quedando sin hombres; nos dieron un entrenamiento militar básico para poder defendernos

con armas como último recurso, al igual que un curso de enfermería donde nos mostraban la manera en la que el cloroformo actuaba como sedante y anestésico para realizar cirugías y lo que sería la anestesia local conocida como solución Daking. Después de haber recibido el entrenamiento me enviaron al sitio donde se encontraba mi hermano, él y yo nos apoyamos mutuamente hasta que un día, un alemán le disparó en la frente generándole una muerte inmediata, en ese momento, la ira y la tristeza que recorrían todo mi cuerpo, me hicieron preguntar una y otra vez, ¿por qué él? Más tarde, cuando el enemigo se rindió, fui a darle cristiana sepultura, pero me percaté de algo tan desagradable que me provocó un vomito repentino, tres ratas se habían comido su cara y sus dedos, tal escenario fue tan impactante que no pude comer por mucho tiempo y, solo comí hasta tener la fuerza y las ganas suficientes de seguir ayudando a mis compañeros.

El soldado con los ojos humedecidos volvió a su puesto sin decir una palabra y Ema con lágrimas rodando por sus mejillas siguió ayudando a sus compañeros heridos.

Después de tantos recuerdos, Ema, aquella mujer amargada sentada en su mecedora, dejó salir una sonrisa tan hermosa que daba a parecer que toda su vida se hubiese dedicado a sonreír y mientras aprovechaba su último suspiro se sentía orgullosa de haber podido servir a su país en aquella Gran Guerra.

1914

Danna Valentina Suárez Barón – Colegio Integrado Campestre Colombia Hoy – Grado 9°